BLAISE PASCAL

# DISCURSO ACERCA DE LAS PASIONES DEL AMOR

## Y OTROS OPÚSCULOS

CENTZONTLE

# Discurso acerca de las pasiones del amor y otros opúsculos

*Blaise Pascal*

Traducción de *Raúl Falcó*

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2010
Primera edición electrónica, 2012

D. R. © 2010, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.
Empresa certificada ISO 9001:2008

www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios:
editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55) 5227-4672
Fax (55) 5227-4640

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc., son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicana e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-0923-6

Hecho en México - *Made in Mexico*

CENTZONTLE *presenta en estas páginas la reunión de cuatro breves ensayos de Blaise Pascal muy poco conocidos hasta ahora, que son expresamente traducidos y prologados aquí por Raúl Falcó para Fondo de Cultura Económica. Se trata del «Discurso acerca de las pasiones del amor», escrito entre 1652 y 1653; el ensayo «Acerca de la conversión del pecador», de 1653; la «Oración para pedirle a Dios el buen uso de las enfermedades», de 1659, y los «Tres discursos acerca de la condición de los grandes» de 1660.*

*Se trata de una breve antología que incitará la lectura y progresivo conocimiento de cualquier lector ajeno hasta hoy a los párrafos, sensibilidad y sabiduría del gran pensador francés. Al mismo tiempo, se trata de un valioso apéndice para quienes ya han recorrido el pensamiento de Pascal a través de los* Pensamientos *o* Las provinciales. *En ambos casos, quedamos convidados al privilegio de leer a uno de los grandes pensadores de la humanidad, cuyos textos —si bien revestidos de una intención eminentemente religiosa— gozan del don de la buena prosa: la lectura sabrosa que se vuelve reflexión sin que sus líneas acusen ni el mínimo ápice del paso de los tiempos.*

*Blaise Pascal nació en Clermont-Ferrand, Francia, el 19 de junio de 1623 y murió en París el 19 de agosto de 1662. Fue matemático, físico y filósofo, considerado un prodigio desde la más temprana infancia. Debemos a su intelecto la construcción de máquinas calculadoras y el invento del barómetro. También le debemos su fervorosa defensa del método científico, sus tratados en torno a la geometría proyectiva e incluso sus estudios en torno a la teoría de probabilidades que marcan su influencia en el moderno estudio de la economía. Sin embargo, luego de una luminosa experiencia mística durante la noche del 23 de noviembre de 1654, Pascal abandonó sus estudios científicos y se consagró a la reflexión filosófica y teológica hasta su temprana muerte, a la edad de treinta y nueve años.*

# *Prólogo*

En 1653, Pascal tiene treinta años. Hace diez años que han muerto Galileo, quien primero experimentó con cuestiones relativas al vacío, y Jean Duvergier de Hauranne, abad de Saint-Cyran, maestro espiritual de Port-Royal. Evangelista Torricelli, discípulo del primero, se dedica a investigar dispositivos más cómodos para seguir experimentando, y los Señores de Port-Royal ya piensan en el talento de Pascal para «hacer algo» frente a los embates del Vaticano. Dividido entre un «vacío», mejor conocido como presión atmosférica, y el vacío que sólo la fe puede abrazar, Pascal realiza, en cuanto al primero, experimentos exitosos en el Puy-de-Dôme, cerca de su natal Clermont-Ferrand, y en París, desde lo alto de la torre de Saint-Jacques-de-la-Boucherie, de lo cual nos quedan hoy el barómetro, la famosa Tour Saint-Jacques, ya sin su iglesia, y su tratado *El vacío, el equilibrio de los líquidos y la gravedad del aire*; en cuanto al segundo, ya ha ido hasta entregar a los Señores de Port-Royal buena parte de su herencia y continúa ofreciéndoles lo mejor de su talento, de lo cual nos quedan hoy *Las provinciales* y el recuerdo de la orden de Luis XIV (1710) de echar abajo hasta la última piedra de la abadía de Port-Royal, incluyendo los huesos del mismo Pascal, arrojados a los perros con los de otros señores. Cincuenta y siete años antes, en 1653, Pascal escribe su «Discurso acerca de las pasiones del amor». Falta un año para que le sea otorgado a sus merecimientos el «fuego» de la noche mística del 23 de noviembre de 1654.

A diferencia de Ludwig Wittgenstein, que dejó de ser ingeniero para dedicarse a la filosofía; de Robert Schumann, que prefirió ser pianista y compositor y dejó la poesía; de Paul Klee, que se decidió por la pintura y no por el violín, Blaise Pascal, acaso más cerca de Leonardo que de Teilhard de Chardin, ejerció hasta sus últimas consecuencias los dones que recibió. El carácter contrario de los mismos está inmejorablemente descrito en sus textos como oposición y exclusión recíproca del «espíritu de geometría» y del «espíritu de fineza»: en el mundo coexisten y se oponen encarnados en seres distintos, pero juntos en él, son los polos de una vertiginosa dinámica interior que los encara y

busca trascenderse. El factor de trascendencia sólo podrá perfilarse como una experiencia de la trascendencia misma. Ese perfil quema cuando es el «fuego» de la experiencia religiosa y corta cuando la razón, no conforme con especular y sintiendo cruelmente la ausencia divina, ya tan sólo puede especular y apostarle a la existencia de Dios. Ante el vértigo y el silencio indiferente de los infinitos, físicos y metafísicos, llegan a parecer clementes los términos de semejante apuesta: si ganamos, lo ganamos todo; si perdemos, no perdemos nada…

Pero, ¿qué significa apostar?… ¿Se pueden abrazar los misterios de la fe con sólo renunciar a las arquitecturas del pensamiento? La gracia que Dios a veces otorga desde el misterio de la predestinación prohíbe responder estas preguntas y sólo la experiencia tiene la última palabra. En espera y en búsqueda de su anhelada incidencia, Blaise Pascal no sólo demostró en orden, siendo aún muy joven, treinta y dos axiomas de Euclides, y más tarde estudió conos, triángulos, cuadrados mágicos, la cicloide, el vacío y el equilibrio de los líquidos, sino que también inventó la calculadora, hizo posible el barómetro e ideó la carroza de cinco centavos, que hoy conocemos con el nombre de autobús. Curiosamente, en el ámbito de la experiencia religiosa, los hechos concretos no son menos patentes: la vivencia mística de la noche del 23 de noviembre de 1654, la sanación milagrosa del ojo izquierdo de su sobrina y ahijada Margarita, la profesión de votos de su hermana Jacqueline en Port-Royal, o su participación activa en las controversias teológicas con Roma. Pero acaso más concretos para nosotros son sus escritos de naturaleza o implicaciones religiosas: *Las provinciales*, buena parte de los *Pensamientos*, los *Escritos sobre la gracia* y su vasto proyecto de una *Apología de la religión cristiana*. La tensión de todas las facultades que significa vivir y pensar literalmente al borde del vacío les confiere a los escritos de Pascal esa cualidad única, que muchos llaman su «estilo», y que consiste esencialmente en una compresión sintética del razonamiento, casi matemática, al grado de prescindir de andamiajes y reiteraciones innecesarios, pero en aras de poner en juego la mayor cantidad de variables y excepciones. Esta fragmentación del discurso, a la que Nietzsche también llegará (y por motivos similares), no es, sin embargo, el estado final que Pascal deseaba: los *Pensamientos* son apuntes en vistas a un trabajo orgánico que nunca llegó a redactar. Pero, no por ello, dejan de ser el mejor testimonio de los procedimientos y contigüidades de su pensamiento y de su experiencia. Por este motivo, destacan su «fineza» psicológica, tanto hacia el lector como hacia sí mismo, y las elegancias de la elusión, no sólo visible bajo forma de espacios en blanco entre los fragmentos, sino en el cuerpo mismo del texto, bajo forma de pensamientos implícitos y cambios bruscos de registro.

En el «Discurso acerca de las pasiones del amor» estas características son notables.

Más de una de las circunstancias que detalla el texto nos retratan de manera punzante y no puede dejar de sorprendernos que Pascal las conociera tan íntimamente. Los atisbos explicativos que intuye para dar razón de la estructuración de nuestras relaciones pasionales con el mundo o, con lenguaje especializado, de lo que el psicoanálisis entiende como la relación de objeto, trazan en orden la constitución de lo que Freud llama *ideal del yo,* en una visión cuya pertinencia no deja de recordarnos su proeza geométrica con los axiomas de Euclides. En el texto, casi no aparece la palabra deseo, pero si se la sobreentiende cada vez que se lea la palabra amor, se verá que esta pertinencia abarca la mayor parte del «Discurso…» y que su lectura se torna aún más actual de lo que podría parecer. No faltan contradicciones ni paradojas, algunas de las cuales, si bien han sido padecidas por muchos amantes, poco o nada han sido destacadas por pensadores y literatos. Sorprende que, en unas cuantas páginas, pueda dibujarse, entre blancos y silencios, una visión tan compleja del amor y sus avatares, en la que cada afirmación no deja de implicar su negación y en la que cada logro supone un nuevo reto.

Sin embargo, la autenticidad del «Discurso acerca de las pasiones del amor» ha sido cuestionada desde que Victor Cousin lo descubrió en 1843. Muchos universitarios e investigadores de esa época coincidieron con Victor Cousin en atribuírselo a Pascal. Pero ya las voces del abad Flottes, de Sainte-Beuve, de Brunetière y de Gazier cuestionaron esta atribución. A partir de 1920, los escépticos se volvieron más numerosos: Pommier, Neri, Brunet, Boudhors, Busnelli y Lafuma negaron que este texto fuera de la pluma de Pascal, argumentando que, hacia 1664, el juego de las «preguntas de amor» causó furor en los salones y que parece poco probable que Pascal hubiera redactado un compendio con esta temática entre 1652 y 1653, además de que, según ellos, muchas observaciones no sólo se inspiran en términos acuñados años más tarde en los *Pensamientos* (1670), sino que se encuentran en autores como La Rochefoucauld (1665) y Malebranche (1678). La pregunta quedará sin respuesta mientras no se halle nueva evidencia documental. Sin embargo, resulta difícil considerar la posibilidad de un imitador, que no sólo reprodujera con brillantez los giros estilísticos de Pascal, sino que también tuviera el motivo y la genialidad para encarnar en su época a un sujeto capaz de pensar y de sentir como Pascal. Afortunadamente, sea como fuere, la calidad y la audacia de estos fragmentos nos permiten incorporarlos a nuestras «preguntas de amor» y tenerlos, en más de una ocasión, por respuestas memorables.

Muy otras son las tesis y las preguntas que plantean los otros tres opúsculos de Pascal que contiene este volumen. Mucho más afines, en mayor o menor medida, a las preocupaciones morales que han hecho la celebridad de los trabajos de Pascal, siguen

siendo, sin embargo, ejemplos comprimidos de la manera según la cual el autor es capaz de tratar de convertir al pecador confeso o convencer al noble que debe ser iniciado paso a paso, sin olvidar la sublime plegaria a Dios que Pascal eleva desde los terribles sufrimientos de su enfermedad. Los modos de razonar y concluir son los mismos: breves y brillantes, concisos y reveladores. Lo que puede resultar de gran interés para el lector es su aplicación diversa: ya sea con el fin de iniciar al pecador confeso en los pasos que deberá seguir para desprenderse del mundo ilusorio en el que ha vivido, ya sea en la íntima oración de un doliente resuelto a no cejar en su intento de vencer el dolor y darle significado, ya sea en los procedimientos discursivos destinados a suscitar el despertar de la conciencia de un noble de alto rango.

La autenticidad del texto «Acerca de la conversión del pecador» no presenta la menor duda, ya que está incluido en el manuscrito de Périer, cuyo contenido tan sólo reagrupa textos de Pascal, aunque el padre Pierre Guerrier se lo haya atribuido en un principio a Jacqueline Pascal. La fecha de su redacción debe ser ubicada, casi sin margen de error, hacia finales de 1653, periodo durante el cual, según su hermana Jacqueline, Pascal ya no podía evitar sentir «una aversión extrema respecto a las locuras y diversiones de este mundo», lo cual, por cierto, contribuye a comprender mejor el interés de Pascal por los pormenores de las pasiones del deseo descritas en el «Discurso acerca de las pasiones del amor». Todo en él nos habla de la aplicación de una doctrina radical en materia de enfrentamiento a la verdad de nuestra condición. Sin embargo, no deja de llamar la atención, en un contexto afín a la fundación del sujeto cartesiano, la insistencia del autor en definir la prueba de la entrega del alma propia a su Creador como un movimiento del alma que se define por su capacidad de renunciar *motu proprio* a esta su decisión más radical, contrariamente a la renuncia a los bienes del mundo, los cuales, de todas formas, habrán de sernos inevitablemente arrebatados, sin importar con cuánta vehemencia nos aferremos a ellos.

En relación con la «Oración para pedirle a Dios el buen uso de las enfermedades», sabemos que existe una redacción manuscrita de esta plegaria en la «Antología Conrart», que circulaba en Port-Royal desde 1662, ya que, poco tiempo después de la muerte de Pascal, la madre Ángelica de San Juan (Arnauld d'Andilly) menciona en una carta que trataba de encontrar cierto consuelo en su lectura. Fue impresa, por vez primera, en los *Tratados varios acerca de la piedad* (Colonia, 1666.) Aunque en esta edición se afirma que Pascal la redactó «siendo aún joven», lo cual indujo a pensar que debió haber sido escrita entre 1647 y 1648, Gilberte Périer, en su *Vida de Pascal*, indica con toda claridad que no puede ser anterior a 1659:

No se puede conocer mejor la situación particular a la que sus sufrimientos lo habían reducido, a causa

de todos los padecimientos que tuvo que soportar durante los últimos cuatro años de su vida, si no es través de esta oración admirable que nos ha legado y que redactó durante dicho periodo para pedirle a Dios el buen uso de las enfermedades.

En este texto conmovedor, el lector encontrará en un tono amplificado, acaso de modo más abrupto que en sus famosos *Pensamientos*, esa voz personal, tan característica de Pascal, en pleno trance de seguir esforzándose por razonar, pero sometida al apremio causado por el padecimiento y el constante agravamiento de su condición valetudinaria. Notables son las descripciones de los vaivenes de las resistencias de su deseo, aunque confiesa seguir sufriendo cada vez más, a pesar de su determinación por seguir un camino ascético de renuncia total, con el ambicioso fin de merecer que los dolores atroces de su cuerpo lleguen a convertirse en felicidades de su alma.

Finalmente, los «Tres discursos acerca de la condición de los grandes» vieron la luz pública en 1670, incluidos en el *Tratado acerca de la educación de un príncipe*, firmado por el Señor de Chanteresne, uno de los muchos seudónimos de Pierre Nicole, bajo el título de «Discurso del difunto Señor Pascal acerca de la condición de los Grandes». Durante muchos años se dudó si fue redactado entre 1659 y 1660, pero, a fin de cuentas, todo indica que es más acertado ubicar su redacción hacia el último trimestre de 1660, ya que, en 1659, el estado de salud de Pascal le prohibía cualquier actividad intelectual sostenida. Dos anotaciones que se encuentran en sus propios cuadernos garantizan la autenticidad de estos discursos. Según A. Gazier, el joven duque a quien Pascal se dirige sería Charles-Honoré de Chevreuse (1640-1712), hijo del duque de Luynes. En estos tres discursos podemos leer a un Pascal más didáctico, menos combativo y amenazador, aunque siempre tajante en sus planteamientos. Si bien las consecuencias de sus postulados no pueden ser controvertidas mediante sofismas o argumentos filosófico-mundanos, la elegancia con la cual el autor deja que el duque saque sus propias conclusiones nos muestra una faceta más cercana a los giros elusivos del «Discurso acerca de las pasiones del amor» que a la violenta argumentación de los otros dos opúsculos.

En suma, pueda esta reunión de cuatro pequeños y muy probablemente desconocidos textos de Pascal enriquecer al lector de los *Pensamientos* y de *Las provinciales*. Nada nuevo o diferente hallará en ellos, si no son los detalles y las variaciones en las tonalidades de sus más famosas elaboraciones. Pero para quien lo aborde por vez primera no dudo que esta antología pueda ser una introducción capaz de suscitar el deseo de conocer sus textos más famosos. Sin embargo, tratándose de un espíritu de la talla de Pascal, como sucede con el de todo gran escritor, y aunque su preocupación preponderante fue de carácter eminentemente religioso, cualquier texto de su pluma reviste el interés del estilista sin par y nos reserva los hallazgos que casi en

cada párrafo supo plasmar y sustentar uno de los escritores y pensadores más singulares que, sin importar el tiempo que ha transcurrido desde los años que lo vieron y escucharon, podamos tener todavía el privilegio de leer.

# *Discurso acerca de las pasiones del amor* (1652-1653)

El hombre nació para pensar, por lo cual ni un momento deja de hacerlo. Pero los pensamientos puros, aquellos que lo harían feliz si pudiera sostenerlos siempre, lo cansan y lo abaten. Sería una vida unitiva en la que no sabe hallar acomodo. Quiere acción, le son necesarias pasiones que lo agiten y le hagan sentir en su corazón sus raíces tan vivas y tan profundas.

Las pasiones más propias del hombre, origen de muchas otras, son el amor y la ambición. No tienen que ver entre sí, aunque a menudo anden de la mano. Pero se debilitan recíprocamente, por no decir que se anulan.

Sea cual fuere la grandeza de espíritu que se tenga, únicamente se podrá nutrir una sola gran pasión. Por ello, cuando el amor y la ambición se encuentran juntos, sólo son la mitad de lo que serían si no estuvieran ambos. La edad no influye ni en la aparición ni en el fin de estas dos pasiones: nacen en los primeros años y subsisten muy a menudo hasta la tumba. Sin embargo, como requieren mucho ardor, los jóvenes las padecen más y parecieran deber perder fuerza con los años. Pero esto sucede muy rara vez.

La vida del hombre es miserablemente corta. Se lleva la cuenta desde que se ve la luz. Por mi parte, yo no contaría más que a partir del nacimiento de la razón, a partir del momento en que la razón nos sacude, lo cual no suele suceder antes de los veinte años. Antes se es niño. Y un infante no es un hombre.

¡Qué feliz es una vida si empieza con el amor y termina por la ambición! Si pudiera escoger una, ésa sería. Mientras hay fuego, se es amable; pero ese fuego se apaga, se pierde: ¡qué amplio y hermoso le queda el lugar a la ambición! La vida tumultuosa les es agradable a los grandes espíritus y no hay placer en ella para los mediocres. Siempre son máquinas. Por ello, si el amor y la ambición comienzan y terminan la vida, se está en el estado más feliz que puede alcanzar la naturaleza humana.

Cuanto más espíritu se tenga, tanto más grandes serán las pasiones, ya que no siendo éstas sino sentimientos y pensamientos, propios únicamente del espíritu, aunque causados por el cuerpo, resulta evidente que ya tan sólo serán puro espíritu y que, de esta manera, lo colmarán a toda su capacidad. Me refiero exclusivamente a las pasiones de fuego, ya que las demás suelen fundirse a menudo juntas, causando una confusión sumamente incómoda. Pero esto nunca les sucede a los que tienen espíritu. Todo es grande en un alma grande.

Algunos se preguntan si hay que amar. Eso no debe ser una pregunta: sólo puede sentirse. Acerca de eso no se elaboran conjeturas: tan sólo se es proclive y, en caso de mucho preguntar, puede uno ganarse el placer de haberse equivocado.

La claridad del espíritu implica también la claridad de la pasión, por lo cual, si un espíritu grande y preclaro ama con ardor, por lo mismo ve con toda nitidez aquello que ama.

Existen dos tipos de espíritu, uno geométrico y otro que puede ser llamado de fineza. El primero experimenta alcances lentos, duros y rígidos; el otro, en cambio, manifiesta una flexibilidad de pensamiento que destina siempre a las diversas partes amables de lo que ama. De los ojos llega hasta el corazón; por lo exterior conoce lo interior. Cuando ambas formas de espíritu coexisten, ¡cuánto placer procura el amor! Porque se tienen a un tiempo la fuerza y la flexibilidad del espíritu, esta última muy necesaria para que dos personas puedan ser elocuentes.

Nacemos con un tipo de amor en nuestros corazones, que se desarrolla a medida que el espíritu se va perfeccionando y que nos conduce a amar aquello que nos parece bello sin que nadie nos haya dicho en qué consiste. ¿Quién puede pues dudar que estemos en el mundo para otra cosa que no sea amar? En efecto, por más que nos escondamos, seguiremos amando. Hasta en aquellas cosas de las que parece que el amor ha sido sustraído, el amor mora secretamente y a escondidas, y resulta imposible que el hombre pueda vivir un momento sin él.

Al hombre no le gusta quedarse consigo mismo. Pero ama. Debe pues buscar en otra parte algo que amar. No puede hallarlo más que en la belleza. Pero como él es la criatura más bella que Dios haya formado, tiene que encontrar en sí mismo el modelo de la belleza que busca por fuera. Cualquiera puede advertir en sí mismo sus primeros destellos y, según si los que provienen de fuera se les adaptan o no, así se van formando las ideas que uno tiene acerca de lo bello y lo feo en todas las cosas. De este modo, aunque el hombre trate de encontrar con qué llenar el gran vacío que ha abierto al salir de sí mismo, no podrá satisfacerse con cualquier tipo de objeto. Su corazón es demasiado grande. Debe ser, por lo menos, algo que se le parezca y que se le acerque lo más posible. Ésta es la razón por la cual la belleza que puede contentar al hombre no

estriba únicamente en la conveniencia, sino también en el parecido: lo restringe y lo encierra en la diferencia de los sexos.

La naturaleza ha sabido imprimir tan bien esta verdad en nuestras almas que todo nos parece haber sido dispuesto de antemano. No son necesarios arte ni estudio. Hasta parece que tuviéramos un papel que desempeñar en nuestros corazones y que ello efectivamente sucediese. Pero es más lo que se siente que lo que puede decirse. Sólo quienes confunden y desprecian sus propias ideas dejan de percibirlo.

Aunque esta idea general de la belleza se encuentre grabada en el fondo del alma con letras imborrables, no deja de experimentar grandes diferencias en su aplicación particular, pero únicamente en cuanto a la manera de concebir lo que gusta. En efecto, no se desea de modo desnudo una belleza, sino que se le piden mil circunstancias que dependen de la posición en la que uno se halle y por ello puede decirse que cada quien tiene el original de su belleza, cuya copia va buscando por el ancho mundo. Sin embargo, son las mujeres quienes determinan a menudo este original. Como ejercen un poder absoluto sobre el espíritu de los hombres, son capaces de subrayar las bellezas parciales que poseen o las que estiman y, de este modo, le añaden cuanto les gusta a esta belleza radical. Por este motivo, hay un siglo para las rubias como otro para las morenas, y la división de opiniones respecto a unas y otras es también la que divide a los hombres en un mismo momento respecto a unas y otras. La moda misma y los países rigen a menudo lo que llamamos belleza. No deja de ser extraño que las costumbres se entrometan tanto en nuestras pasiones. Lo cual no impide que cada quien tenga su concepto de belleza, con el que juzga a los demás y al que los refiere: con base en este principio, a un amante le parece más bella su propia amante y la erige como ejemplo.

La belleza tiene mil rostros diferentes, pero quien mejor lo sostiene es sin duda una mujer. Cuando además tiene espíritu, la anima y sazona maravillosamente. Si una mujer quiere gustar y posee las ventajas que otorga la belleza, o parte de ellas, triunfará. Y si no lo intenta, por poco que los hombres se fijen en ella logrará enamorarlos e instalarse en ese lugar de espera que todos tienen en sus corazones.

El hombre nace para el placer: lo siente y no le es necesaria ninguna otra prueba. Obedece pues a su razón al entregarse al placer. Pero, muy a menudo, siente pasión en su corazón sin saber por dónde ha llegado.

Un placer verdadero y un placer falso pueden colmar del mismo modo el espíritu. ¿Qué importa que ese placer sea falso si lo creemos verdadero?

A fuerza de hablar de amor, nos enamoramos. Nada tan fácil. Es la pasión más natural en el hombre.

El amor carece de edad. Siempre es un recién nacido. Los poetas nos lo han dicho:

por eso nos lo presentan como un niño. Y sin pedirle nada, lo sentimos.

El amor nos da más espíritu, el espíritu lo sustenta: hay que ser ágil para amar. Diariamente se nos agotan las maneras de gustar. Sin embargo, hay que gustar y lo logramos.

Tenemos una fuente de amor propio que nos representa a nosotros mismos como siendo capaces de desempeñar diversos papeles en el mundo: es la causa de que nos guste tanto ser amados. Como se trata de un deseo ardiente, lo notamos muy pronto y lo reconocemos en los ojos de la persona que ama. Los ojos son los intérpretes del corazón, pero tan sólo quien anda interesado entiende su lenguaje.

El hombre solitario es algo imperfecto; es menester que se encuentre a otro para ser feliz. Lo busca con frecuencia en su entorno cercano, porque la libertad y la posibilidad de manifestarla se hallan en él más fácilmente. Sin embargo, se mira a veces más arriba y se siente que el fuego crece, aunque no nos atrevamos a decírselo a la que desde ahí lo atiza.

Cuando se ama a una mujer de otra condición, la ambición puede acompañar los albores del amor. Pero en poco tiempo éste se convierte en el amo. Es un tirano que no tolera competencia. Quiere estar solo. Todas las pasiones deben doblegársele y obedecerle.

Una amistad de alta estirpe colma mucho mejor el corazón del hombre que una de su misma condición y común. Las pequeñeces flotan en su ámbito pero sólo las cosas grandes se detienen y se quedan.

A menudo se escriben cosas que sólo pueden ser demostradas si se obliga a que todo mundo reflexione acerca de sí mismo para dar con la verdad a la que me refiero.

Cuando un hombre muestra delicadeza en algún lugar de su espíritu, la tendrá también en amores. Ya que como es menester que sea un objeto exterior el que lo cimbre, si algo repugna a sus ideas, lo percibe y se aleja. La regla de semejante delicadeza depende de una razón pura, noble y sublime: por lo cual puede uno creer ser delicado, sin serlo efectivamente, y estar los demás en todo su derecho para condenarnos. En cambio, cuando de belleza se trata, cada quien tiene su regla soberana e independiente de las otras. Sin embargo, entre ser delicado y no serlo para nada, hay que convenir que, cuando se quiere ser delicado, no se dista mucho de serlo del todo. A las mujeres les gusta percibir una delicadeza masculina y ésta me parece ser la manera más tierna de ganárnoslas: qué agradable es ver que mil otros son despreciables mientras sólo nosotros somos estimables.

Las cualidades del espíritu no se adquieren por costumbre; tan sólo se perfeccionan. Por ello, es fácil advertir que la delicadeza es un don de la naturaleza y no una conquista del arte.

A medida que se tenga más espíritu, se hallarán más bellezas originales. Pero no se puede estar enamorado, ya que, si se ama, sólo se podrá encontrar una.

¿No es notable que, cada vez que una mujer sale de sí misma para caracterizarse ante el corazón de los demás, abre un lugar vacío para los demás en el suyo? Y, sin embargo, no falta quien lo niegue. ¿Nos atreveremos a llamarlo injusticia? Es natural devolver cuanto hemos tomado.

El obcecamiento con un solo pensamiento cansa y arruina al espíritu. Por lo cual, para que el placer del amor sea sólido y duradero, es preferible, a veces, no saber que se ama. Esto no significa ser infiel, puesto que no se ama a nadie más, sino retomar fuerzas para amar mejor. Sucede sin que lo pensemos, el espíritu lo hace solo; la naturaleza lo quiere, lo ordena. Hay que confesar, sin embargo, que se trata de una miserable consecuencia de la naturaleza humana y que se estaría mucho mejor si no fuera obligatorio cambiar de pensamiento. Pero no hay remedio.

El placer de amar sin confesarlo conlleva penas, pero no por ello carece de dulzuras. ¿A qué alturas no nos eleva el hecho de destinar todas nuestras acciones a gustarle a una persona que estimamos infinitamente? Nos estudiamos diariamente para encontrar la manera de descubrirnos y nos tomamos el mismo tiempo que le dedicaríamos a la que amamos. Los ojos se encienden y se apagan en un mismo instante, y aunque no nos conste que la causante de semejante desorden lo note, se tiene de todas maneras la satisfacción de sentir toda esta agitación por una persona que se merece tanto. Nos gustaría tener cien lenguas para divulgarlo, pero como está vedado el uso de la palabra, debemos reducirnos a la elocuencia de los actos.

Hasta este punto todo es felicidad y, además, mucha ocupación. Y es felicidad, ya que el secreto de alimentar siempre una pasión consiste en no dejar que aparezca el menor vacío en el espíritu, obligándolo a que atienda sin cesar aquello que lo conmueve tan agradablemente. Pero cuando se encuentra en el estado que vengo de describir, no puede lograrlo durante mucho tiempo, ya que siendo el único actor en una pasión en la que se deben ser necesariamente dos, resulta difícil que no agote muy pronto todos los movimientos que lo agitan.

Y aunque se trate de una misma pasión, tiene que haber novedad: al espíritu le complace y quien logra hallarla logra ser amado.

Tras haber andado este camino, dicha plenitud a veces disminuye y, al no recibir ayuda por parte de su causa, declina miserablemente, y las pasiones enemigas se adueñan de un corazón que destrozan en mil pedazos. Sin embargo, un fulgor de esperanza, por muy bajo que hayamos caído, nos devuelve a las alturas en que estábamos. Suele ser un juego que les gusta a las damas, aunque a veces, cuando fingen compadecerse, lo sienten de verdad. ¡Qué felicidad cuando esto sucede!

Un amor fuerte y sólido comienza siempre con una acción elocuente. Los ojos desempeñan el papel principal. Pero hay que adivinar, y adivinar bien.

Cuando dos personas comparten el mismo sentimiento, no deben adivinar, o, por lo menos, hay una que adivina lo que quiere decir la otra sin que ésta lo entienda o se atreva a entenderlo.

Cuando amamos, no nos reconocemos. Por eso, nos imaginamos que todos lo perciben. Nada más falso. Pero como la razón anda enceguecida por la pasión, nada es seguro y se vive continuamente en la desconfianza.

Cuando se ama, se está seguro de que es posible descubrir la pasión de otro. Por eso, nos da miedo. Cuanto más largo sea el camino en el amor, tanto más placer sentirá un espíritu delicado. Hay ciertos espíritus para quienes las esperanzas se deben alimentar largamente, y ésos son los delicados. Hay otros que no pueden enfrentar mucho tiempo las dificultades, y ésos son los más burdos. Los primeros aman más tiempo y con más gusto. Los otros aman más rápido, con mayor libertad y terminan pronto.

El primer efecto del amor es el de inspirar un gran respeto: se siente veneración por el objeto amado. Lo cual es muy justo, ya que no se encuentra nada más grande en el mundo.

Los autores no nos saben decir bien los movimientos del amor en sus héroes: deberían haber sido héroes ellos mismos.

El extravío que consiste en amar en varios sitios es tan monstruoso como la injusticia en el espíritu.

En el amor, un silencio vale más que un lenguaje. Es bueno quedarse callado; hay una elocuencia del silencio más penetrante que la lengua. ¡Qué gran persuasión ejerce el amante en la amada cuando calla y, además, tiene espíritu! Por mucha viveza que se tenga, es provechoso que se calme en ciertos encuentros. Todo esto sucede sin regla ni reflexión, y cuando lo realiza el espíritu, es sin premeditación alguna. Sucede necesariamente.

A menudo adoramos a alguien que no cree estarlo siendo, y no dejamos de guardarle una fidelidad inviolable aunque lo ignore. Pero para ello, el amor debe ser muy fino o muy puro.

Conocemos el espíritu de los hombres, y por consiguiente sus pasiones, por el hecho de compararnos a nosotros mismos con los demás. Comparto la opinión de quien decía que en el amor uno se olvida de su fortuna, de su familia y de sus amigos: a eso llegan las grandes amistades.

La razón por la cual se puede llegar tan lejos en el amor es que no pensamos necesitar algo más que lo que amamos. El espíritu está colmado, no hay lugar para el cuidado ni para la inquietud. No puede haber pasión sin exceso. Por eso ya no nos

preocupa lo que diga la gente y hasta sabemos que no se condenará nuestra conducta, puesto que proviene de la razón. Donde hay plenitud de pasión, nadie se pone a reflexionar.

No es por efecto de la costumbre sino por obligación de la naturaleza que los hombres toman la iniciativa para ganarse la amistad de las damas.

El olvido que causa el amor y el apego a lo que se ama engendran cualidades que antes no se tenían. Se vuelve uno espléndido sin haberlo nunca sido. Hasta un avaro enamorado se vuelve generoso y no recuerda haber tenido la costumbre contraria: la razón de ello se hace visible si se considera que hay pasiones que comprimen el alma y la dejan inmóvil, mientras otras la ensanchan y la expanden hacia fuera.

Se ha dejado de llamar razón al amor y hasta han sido opuestos sin una buena fundamentación, puesto que la razón y el amor son una sola y misma cosa. Se trata de una precipitación de pensamientos que se concentra en un solo lado sin examinarlo todo, pero no deja de ser una razón, y no se debe ni se puede desear que sea de otro modo, ya que nos volveríamos máquinas muy desagradables. No excluyamos pues a la razón del amor, puesto que le es inseparable. Los poetas no tienen razón al habernos descrito al amor como un ciego; hay que quitarle la venda de los ojos y devolverle el placer de la mirada.

Las almas propensas al amor piden una vida de acción que estalle en eventos nuevos. Como lo interior es movimiento, lo exterior también deberá serlo, y esta manera de vivir es un maravilloso acercamiento a la pasión. Por este motivo, a los cortesanos se les otorgan más audiencias con el amor que a los simples ciudadanos, porque los primeros son ardientes y los otros llevan una vida cuya uniformidad no tiene nada que llame la atención. La vida tempestuosa sorprende, impacta y penetra. Parece que el alma que ama es completamente distinta a la que no ama: esta pasión nos eleva y nos vuelve grandes; es pues necesario que el resto conserve una proporción, ya que si ésta se pierde, todo se vuelve desagradable.

Lo agradable y lo bello son una sola y misma cosa. Todo mundo lo sabe. Me refiero a una belleza moral, que tiene que ver con las palabras y las acciones que se tengan hacia fuera. Se puede tener un regla para volverse agradable, pero la disposición del cuerpo es necesaria y no puede ser adquirida.

A los hombres les ha gustado formarse una idea tan elevada de lo que es agradable que nadie puede alcanzarla. Si la juzgamos mejor, veremos que tan sólo se trata de lo natural, con una facilidad y con una viveza de espíritu que sorprendan. En el amor, estas dos cualidades son indispensables: nada debe ser por la fuerza y tampoco nada debe ser lento. La costumbre hará el resto.

El respeto y el amor deben ir tan bien proporcionados que puedan sostenerse sin

que este respeto ahogue al amor.

Las grandes almas no son las que aman más a menudo. Estoy hablando de un amor violento: es necesaria una inundación de pasión para estremecerlas y colmarlas. Pero cuando les da por amar, aman mucho mejor.

Se dice que hay naciones más amorosas que otras. Esto es un exceso verbal o, por lo menos, una verdad a medias.

Como el amor tan sólo consiste en una fijación del pensamiento, cierto es que debe ser el mismo en todas partes. Es verdad que, al determinarse fuera del pensamiento, el clima puede añadir una variable, pero ésta se dará tan sólo en el cuerpo.

Al amor le pasa lo que al sentido común: como creemos ser igualmente racionales, también pensamos amar del mismo modo. Sin embargo, cuando se tienen más alcances, se aman todas las cosas, lo cual les resulta imposible a los demás. Ya hay que ser muy fino para notar esta diferencia.

Si tratamos de fingir que amamos, ya casi somos amantes, o por lo menos algo amamos, ya que se deben sentir el espíritu y los pensamientos del amor para semejante engaño. ¿Y cómo ser elocuente sin ello? La verdad de las pasiones no puede disimularse tan fácilmente como las verdades serias. Se requieren fuego, acción y un espíritu ardiente, natural y veloz para la primera. Las otras se esconden con lentitud y flexibilidad, lo cual es más fácil.

Cuando se está lejos de la prenda amada, se resuelve hacer o decir muchas cosas. Mas cuando está cerca se cae en la irresolución. ¿Por qué? Es que, al estar lejos, la razón no se estremece tanto, pero cómo tiembla extrañamente en presencia de su objeto. Para ser resuelto hay que ser firme, pero a esta firmeza la arruina el estremecimiento.

En el amor no nos atrevemos a ir más lejos porque tememos perderlo todo. Y, sin embargo, hay que avanzar. ¿Quién podría decirnos hasta dónde? Andamos temblorosos mientras no damos con este punto. Y, cuando lo encontramos, la prudencia no puede hacer nada para que ahí nos mantengamos.

No hay nada más embarazoso que estar enamorado y percibir algo a favor de uno sin llegar a creerlo. Nos acechan igualmente la esperanza y el temor. Finalmente, vence el temor.

Cuando se ama apasionadamente, siempre se mira a la persona amada como si fuera la primera vez. Apenas se ausenta, falta en nuestro corazón. ¡Qué felicidad volver a verla! De inmediato cesa toda inquietud. Para ello, el amor tiene que haber crecido bastante, ya que, cuando nace y aún no se ha avanzado, es verdad que cesa la inquietud, pero termina por renacer.

Y aunque los males sucedan a los males, no dejamos de desear la presencia de la amada con la esperanza de sufrir menos. Sin embargo, cuando la vemos, sufrimos más

que antes. Los males pasados ya no insisten, los presentes duelen y nosotros sólo juzgamos lo que duele. ¿No es pues digno de compasión un amante en este estado?

# *Acerca de la conversión del pecador*
# (1653)

Lo primero que Dios le inspira al alma que desea tocar verdaderamente consiste en un conocimiento y un punto de vista del todo extraordinarios, gracias a lo cual el alma lo considera todo, incluyéndose a sí misma, de una manera completamente distinta.

Este nuevo punto de vista le inspira temor e inquieta la tranquilidad que hallaba en las cosas que solían deleitarla.

Ya no puede saborear a gusto las cosas que la complacían. Un incesante escrúpulo se opone a este goce y esta visión interior ya no le permite disfrutar de los deleites que acostumbraba encontrar en las cosas a las que efusivamente solía entregarse de todo corazón.

Pero resulta aun mayor la amargura que le producen los ejercicios piadosos que la que se ha apoderado de las vanidades del mundo. Por una parte, la presencia de los objetos visibles la conmueve más que la esperanza de los invisibles y, por la otra, la solidez de las cosas invisibles la conmueve más que la vanidad de las visibles. De esta manera, la presencia de las unas y la solidez de las otras se disputan su afección; así como la vanidad de las unas y la ausencia de las otras excitan su aversión, a grado tal que se agigantan en ella el desorden y la confusión.

Considera que las cosas perecederas ya están pereciendo, si no es que las ve ya perecidas. Y, frente a la evidente destrucción de todo cuanto ama, se asusta ante esta consideración, al ver que cada instante le arrebata el goce de su bien y que todo cuanto le resultaba más querido se le escapa sin tregua, y que, al fin, un día inevitable llegará en el que se verá despojada de todas las cosas en las que había depositado su esperanza… De esta manera, el alma no puede más que comprender perfectamente que, si su corazón tan sólo se apegó a cosas frágiles y vanas, es inevitable que se encuentre sola y abandonada al dejar esta vida, puesto que no procuró unirse a un bien verdadero y autosuficiente, capaz de sostenerla durante y después de esta vida.

En esto reside el motivo que la lleva a considerar como una nada todo aquello que debe volver a la nada, el cielo, la tierra, su espíritu, su cuerpo, sus parientes, sus amigos, sus enemigos, los bienes, la pobreza, la desgracia, la prosperidad, el honor, la ignominia, la estima, el desprecio, la autoridad, la indigencia, la salud, la enfermedad y la vida misma; en suma, todo lo que ha de durar menos que el alma es incapaz de satisfacer el deseo de esta alma que busca seriamente establecerse en una felicidad tan duradera como ella misma.

Comienza por extrañarse ante la ceguera en la que ha vivido. Y, cuando considera, por una parte, todo el tiempo durante el cual ha vivido sin reflexionar de este modo, así como la gran cantidad de personas que viven en esta condición y, por otra parte, la invariable manera como el alma, por ser ella misma inmortal, no puede dar con su felicidad entre cosas perecederas, que la muerte no dejará de arrebatarle, entra en un estado de santa confusión y de extrañeza que le aportan una turbación de lo más saludable.

Pues considera que, por muy grande que pueda llegar a ser el número de los que envejecen al abrigo de las máximas del mundo, y por mucha autoridad que pueda ejercer la multitud de ejemplos de aquellos que depositan su felicidad en el mundo, resulta sin embargo constante que, aunque las cosas mundanas pudieran ofrecer algún placer sólido, lo cual infinidad de experiencias tan funestas como continuas nos muestra ser falso, es inevitable que la pérdida de estas cosas o la muerte nos prive de su goce.

De lo cual se desprende que, aunque el alma hubiera amasado cualquier tipo de tesoros temporales, oro, ciencia o reputación, es de una necesidad ineludible que termine por verse despojada de todos los objetos de su felicidad, y que, por lo tanto, si pudieron satisfacerla, no podrán hacerlo por siempre, y que si le procuraron una felicidad verdadera, no pueden prometerla duradera, ya que ésta no puede exceder los límites de esta vida.

Así pues, gracias a una santa humildad, que Dios sitúa por encima de la soberbia, comienza a elevarse por sobre el común de los mortales. Condena su conducta, detesta sus máximas, llora ante su ceguera. Se encamina hacia la búsqueda del bien verdadero. Comprende que debe tener estas dos cualidades: la primera, que debe durar tanto como ella y que sólo puede serle quitado si así lo consiente; la segunda, que no hay nada más amable.

Se da cuenta de que, en el amor que profesaba por el mundo, encontraba en él esta segunda cualidad, ya que no reconocía nada que fuese tan amable; pero, como no da por ningún lado con la primera, le queda claro que no se trata del soberano bien. Lo busca pues en otra parte y, siéndole revelado por una luz totalmente pura que no se

encuentra ni en las cosas que están en ella, ni fuera de ella, ni ante ella, se dispone a buscarlo por encima de ella.

Esta elevación es tan eminente y trascendente que no halla su límite en el cielo, puesto que no tiene con qué satisfacerla, ni en los ángeles, ni en los seres más perfectos. Atraviesa todas las criaturas y no puede detener el impulso de su corazón si no ha llegado hasta el mismísimo trono de Dios, ante el cual comienza a encontrar su quietud y ese bien que es lo más amable y que sólo puede serle retirado si así lo consiente.

En efecto, aun cuando no sienta esas delicias con las que Dios recompensa el hábito de la piedad, comprende sin embargo que las criaturas no pueden ser más amables que su Creador, y su razón asistida por las luces de la gracia le permite saber que no hay nada más amable que Dios y que no puede serle retirado más que a quienes lo rechazan, ya que desearlo es poseerlo y rechazarlo es perderlo.

De esta manera, se regocija por haber encontrado un bien que no puede serle arrebatado mientras lo siga deseando y que nada hay que se sitúe por encima de él.

Así, envuelta en estas nuevas reflexiones, vislumbra las grandezas de su Creador y se entrega a humillaciones y adoraciones profundas. Se anonada ante su presencia y, al no poder formarse de sí misma una idea lo suficientemente baja, ni concebir una lo suficientemente alta de este bien soberano, se esfuerza renovadamente para lograr rebajarse hasta los últimos abismos de la nada, al considerar a Dios entre inmensidades que va multiplicando; por fin, en esta concepción que la agota, lo adora en silencio, se considera a sí misma como su vil e inútil criatura y, a través de sus respetos reiterados, lo adora, lo bendice y quisiera adorarlo y bendecirlo por siempre.

Acto seguido, reconoce la gracia que le ha sido otorgada al serle manifestada su infinita majestad a tan escuálida lombriz y, tras haber adoptado la firme resolución de agradecer semejante don eternamente, cae de nuevo en la confusión por haber escogido tantas vanidades en vez de este divino maestro y, en un espíritu compungido y penitente, recurre a su piedad con el fin de detener su ira, cuyo efecto le parece aterrador cuando considera sus inmensidades…

Le suplica ardientemente a Dios que su misericordia le otorgue, tal y como quiso revelarse a ella, el camino y los medios de recorrerlo. Ya que, como a lo que aspira es a Dios, no quiere lograrlo más que por medios que provengan de Dios mismo, porque quiere que sea él mismo su camino, su objeto y su fin último.

Comienza a conocer a Dios y desea acercársele. Pero, ya que ignora los medios para lograrlo, si su deseo es sincero y verdadero, se comporta como una persona extraviada que, deseando llegar a determinado lugar, tendría que recurrir a la ayuda de quienes conocen perfectamente esa ruta.

Toma la decisión de someter a sus voluntades el resto de su vida; pero, como su

debilidad natural y la costumbre que tiene de los pecados en medio de los que ha transcurrido su vida la han reducido a ser incapaz de alcanzar esta felicidad, implora a su misericordia que le sean dados los medios de llegar hasta él, de unirse a él, de adherirse a él eternamente…

De esta manera, reconoce que debe adorar a Dios como criatura, darle gracias en eterna deuda, satisfacerlo desde la culpabilidad y elevar hacia él las plegarias que nacen de la indigencia.

## *Oración para pedirle a Dios el buen uso de las enfermedades* (1659)

I. Señor, tú, cuyo espíritu es tan bueno y tan dulce en todas las cosas, tú que eres tan misericordioso que no sólo las prosperidades sino también las desgracias que les ocurren a tus elegidos son los efectos de tu misericordia, concédeme la gracia de no comportarme como un pagano en el estado al cual tu justicia me ha reducido: ya que, como un verdadero cristiano, te reconozco como mi padre y como mi Dios, sea cual fuere el estado en el que me encuentre, puesto que los vaivenes de mi condición no alteran la tuya, tú que siempre eres idéntico a ti mismo, aunque yo esté sujeto a la mudanza, y que no eres menos Dios cuando afliges y castigas que cuando consuelas y te muestras indulgente.

II. Me diste la salud para servirte y la usé con fines profanos. Ahora me envías la enfermedad para enmendarme: no permitas que me sirva de ella para irritarte con mi impaciencia. Hice un mal uso de mi salud y me castigas con justicia. No permitas que haga un mal uso de tu castigo. Y, puesto que es tan grande la corrupción de mi naturaleza que me convierte tus favores en obras perniciosas, haz, oh Dios mío, que tu gracia todopoderosa vuelva saludables tus castigos. Si mi corazón estuvo pletórico de afección por el mundo mientras gozó de cierto vigor, destruye este vigor en nombre de mi salvación y tórname incapaz de gozar del mundo, ya sea por debilidad de mi cuerpo o por afán de caridad, con tal de tan sólo gozar de ti.

III. ¡Oh Dios, ante quien tengo que rendir cuentas exactas de mis acciones al término de mi vida y cuando se acabe el mundo! ¡Oh Dios, que tan sólo dejas que subsistan el mundo y todas las cosas del mundo con tal de que se ejerciten tus elegidos o con el fin de castigar a los pecadores! ¡Oh Dios, que dejas que los pecadores atávicos se solacen en el uso delicioso y criminal del mundo! ¡Oh Dios, que haces que mueran nuestros cuerpos y que, a la hora de la muerte, desprendes nuestra alma de todo aquello

que amaba en el mundo! ¡Oh Dios, que me separarás, en el último instante de mi vida, de todas las cosas a las que estaba apegado y en las que había depositado mi corazón! ¡Oh Dios, que habrás de consumir en el último día el cielo y la tierra, y todas las criaturas que los habitan, para mostrarles a todos los hombres que nada subsiste más que tú y que, por eso, nada más que tú es digno de amor, ya que nada dura más que tú! ¡Oh Dios, que habrás de destruir todos estos ídolos vanos y todos los funestos objetos de nuestras pasiones! Te alabo, Dios mío, y te bendeciré cada día de mi vida por todo cuanto me has otorgado para prevenirme de ese día espantoso, al destruir para mí todas las cosas, a causa del estado de debilidad al que me has reducido. Te alabo, Dios mío, y te bendeciré cada día de mi vida porque has querido reducirme a la incapacidad de gozar de las dulzuras de la salud y de los placeres del mundo, y porque has destruido, de cierta manera a mi favor, los ídolos engañosos, como habrás de hacerlo efectivamente, para confusión de los malvados, en el día de tu ira. Haz, Señor, que sea capaz de juzgarme a mí mismo a consecuencia de esta destrucción que me has impuesto, con tal de que no tengas que juzgarme después por la completa destrucción que le infligirás a mi vida y al mundo. Porque, Señor, puesto que en el instante de mi muerte habré de verme separado del mundo, despojado de todas las cosas, solo ante tu presencia, para responder ante tu justicia por todos los movimientos de mi corazón, hazme capaz de considerarme en esta enfermedad como una especie de muerto, separado del mundo, despojado de todos los objetos de mis apegos, solo ante tu presencia, para rogarle a tu misericordia la conversión de mi corazón, y que, gracias a esto, pueda hallar un extremo consuelo, ya que me envías ahora esta especie de muerte para ejercer tu misericordia, antes de que me mandes efectivamente la muerte para ejercer tu juicio. Concédeme, pues, oh Dios mío, que, así como has prevenido mi muerte, sea yo capaz de prevenir el rigor de tu sentencia y pueda examinarme a mí mismo antes de tu juicio, con tal de hacerme merecedor de tu misericordia ante tu presencia.

IV. Concédeme, oh Dios mío, que pueda adorar en silencio el orden de tu adorable providencia sobre la conducción de mi vida; que tu castigo me sirva de consuelo, y que, tras haber vivido en la amargura de mis pecados en tiempos de paz, pueda yo gustar de las dulzuras celestiales de tu gracia mientras padezco los males saludables con los que me afliges. Pero debo reconocer, Dios mío, que mi corazón está tan maleado y tan lleno de las ideas, inquietudes y apegos del mundo, que ni la enfermedad, ni la salud, ni los discursos, ni los libros, ni tus Escrituras sagradas, ni tu Evangelio, ni tus más santos misterios, ni las limosnas, ni los ayunos, ni las mortificaciones, ni los milagros, ni el uso de los sacramentos, ni el sacrificio de tu cuerpo, ni todos mis esfuerzos, ni juntos todos los del mundo, pueden lograr el más mínimo avance para comenzar mi conversión, si

no acompañas todas estas cosas de la asistencia del todo extraordinaria de tu gracia. Tal es la razón, Dios mío, que me orilla a dirigirme a ti, Dios todopoderoso, para pedirte un don que todas las criaturas en su conjunto no podrían otorgarme. No tendría la audacia de lanzarte mis gritos si alguien más pudiera responderme. Pero, Dios mío, dado que la conversión de mi corazón que te pido es una empresa que sobrepasa todos los esfuerzos de la naturaleza, no puedo más que dirigirme al autor y al amo todopoderoso de la naturaleza y de mi corazón. ¿A quién podría gritarle, Señor, a quién pedirle auxilio, si no es a ti? Todo cuanto no es Dios es incapaz de llenar mi ansiedad. Dios mismo es cuanto pido y busco; a ti solo, Dios mío, dirijo mi plegaria para obtenerte. Abre mi corazón, Señor; entra en esta plaza rebelde que los vicios ocuparon. La tienen sometida; entra como si fuera la casa del fuerte; pero encadena primero al fuerte y poderoso enemigo que la domina y toma luego los tesoros que contiene. Señor, toma mis afectos que el mundo había robado; roba tú mismo ese tesoro, o, más bien, recupéralo, puesto que es tuyo, como un tributo que te debo, puesto que en él tu imagen se halla impresa. La imprimiste, Señor, en el momento de mi bautizo, que fue mi segundo nacimiento; pero se encuentra totalmente borrada. La idea del mundo está tan bien grabada sobre su superficie que la tuya ya no se distingue. Tú solo has podido crear mi alma: sólo tú puedes crearla de nuevo. Tú solo has podido imprimir en ella tu imagen: sólo tú puedes volverla a trazar y reimprimir sobre ella tu retrato borrado; es decir, el de Jesucristo mi Salvador, que es tu imagen y el carácter de tu sustancia.

V. ¡Ay, Dios mío, qué feliz puede ser un corazón si puede amar a tan encantador objeto, que no lo deshonra y cuya cercanía le es tan saludable! Siento que no puedo amar al mundo sin desagradarte, sin hacerme daño y sin deshonrarme, y, sin embargo, el mundo sigue siendo el objeto de mis delicias. ¡Ay, Dios mío, qué feliz es un alma para la cual constituyas todas sus delicias, ya que puede abandonarse a amarte, no sólo sin escrúpulos, sino además con merecimiento! Qué firme y duradera es su felicidad, ya que su anhelo no se verá frustrado, porque nunca serás destruido y porque ni la vida ni la muerte podrán llegar a separarla del objeto de sus deseos, y porque el mismo momento, que precipitará a los malvados y sus ídolos a una misma ruina, unirá a los justos contigo en una misma gloria, y porque, así como unos perecerán junto a los objetos perecederos a los cuales se han aferrado, otros subsistirán eternamente en el objeto eterno y que se basta a sí mismo, al cual se han ligado estrechamente. ¡Ay, qué felices son quienes, con entera libertad y rumbo inalterable de su voluntad, aman perfecta y libremente aquello que están obligados a amar necesariamente!

VI. Termina, oh Dios mío, los buenos movimientos que me otorgas. Sé su fin como eres su principio. Corona tus propios dones, porque sí reconozco que se trata de dones. Sí, Dios mío, y, lejos de pretender que mis oraciones merezcan que las escuches

necesariamente, reconozco con toda humildad que, tras haber entregado mi corazón a las criaturas, que tan sólo formaste para ti mismo y no para el mundo ni para mí mismo, no puedo esperar la menor gracia si no proviene de tu misericordia, ya que nada hay en mí que pueda incitarte a dármela y que el hecho de que todos los movimientos naturales de mi corazón se han dirigido hacia las criaturas o hacia mí mismo tan sólo puede producirte irritación. Por ello, no puedo más que darte las gracias, Dios mío, por los buenos movimientos que me otorgas, empezando por el que me inspiras para darte las gracias.

VII. Alcanza mi corazón con el arrepentimiento por mis faltas, ya que, sin este dolor interior, los males exteriores con los que afectas mi cuerpo serían para mí una nueva invitación al pecado. Haz que acepte del todo que los males del cuerpo no son otra cosa del mismo modo que lo son el castigo y la figuración de los males del alma. Pero, Señor, haz también que puedan servirme de remedio, al obligarme a considerar, sumido en los dolores que padezco, un dolor que no sentía en mi alma, a pesar de que estaba enferma y cubierta de úlceras. Porque, Señor, la mayor de sus enfermedades es esta insensibilidad y esta extrema debilidad que la habían privado de la menor sensibilidad hacia sus propias miserias. Haz que las sienta en carne viva y que lo que me queda por vivir sea una continua penitencia dedicada a lavar las ofensas en las que he incurrido.

VIII. Señor, aunque mi vida pasada se haya visto libre de grandes crímenes, de los que has tenido a bien alejar de mí las ocasiones, te ha sido sin embargo muy odiosa por su constante negligencia, por el mal uso de tus augustos sacramentos, por el desprecio hacia tu palabra y tus inspiraciones, por el ocio y la total inutilidad de mis acciones y pensamientos, por la pérdida completa del tiempo que me habías dado para adorarte, para buscar en todas mis ocupaciones la manera de gustarte, y para hacer penitencia por todas las faltas que se cometen diariamente y que también son comunes entre los más justos, de tal manera que sus vidas deben ser una continua penitencia, sin la cual se hallan en peligro de extraviar su justicia. De este modo, Señor, siempre te he sido contrario.

IX. Sí, Señor, hasta hoy, siempre he sido sordo a tus inspiraciones: he menospreciado tus oráculos; he emitido juicios contrarios a los tuyos; he contradecido las santas máximas que has traído al mundo desde el seno del Padre eterno y, según las cuales, juzgarás al mundo. Dices: «Bienaventurados los que lloran, y desventurados aquellos que se ven consolados». He dicho: «Felices los que gozan de una fortuna abundante, de una reputación gloriosa y de una salud robusta». Y, ¿por qué los declaré felices, si no es porque todas estas ventajas les otorgaban una gran facilidad para gozar de las criaturas, o sea para ofenderte? Sí, Señor, confieso que creí que la salud era un bien, no porque es un medio fácil para servirte útilmente, para dedicar más cuidados y

vigilias a tu servicio y para asistir al prójimo, sino porque, favorecido por ella, podía entregarme con menos recato a la abundancia de las delicias de la vida y gozar más de sus funestos placeres. Concédeme la gracia, Señor, de reformar mi razón corrompida y conformar mis sentimientos con los tuyos. Que yo logre considerarme feliz en el sufrimiento y que, sumido en la impotencia de actuar hacia afuera, logres llegar a purificar a tal grado mis sentimientos que ya no repugnen a los tuyos, y que, de esta manera, atine a encontrarte en mi ser interior, ya que no puedo buscarte fuera de él, a causa de mi padecimiento. Ya que, Señor, tu Reino se encuentra entre tus fieles; por ello, lo encontraré en mí mismo, si logro encontrar tu Espíritu y tus sentimientos.

X. Pero, Señor, ¿qué puedo hacer para obligarte a derramar tu Espíritu sobre esta miserable tierra? Todo lo que soy te es despreciable y no hallo nada en mí que pueda resultarte agradable. Nada veo, Señor, salvo mis solos dolores que puedan parecerse un poco a los tuyos. Considera pues los males que me afligen y los que me amenazan. ¡Mira con misericordia las heridas que tu mano me ha asestado, oh Salvador mío, que amaste tus sufrimientos en la muerte! ¡Oh Dios, que te hiciste hombre para sufrir más que ningún hombre para salvar a los hombres! ¡Oh Dios, que no encarnaste tras el pecado de los hombres y que no cobraste un cuerpo más que para padecer en él todos los males que nuestros pecados merecen! ¡Oh Dios, que, amando tanto a los cuerpos que sufren, escogiste para ti el cuerpo más sometido al sufrimiento que el mundo haya conocido! Que mi cuerpo te sea agradable, no por sí mismo, ni por todo lo que contiene, ya que todo en él debe irritarte, sino por los males que padece, único motivo de ser digno de tu amor. Ama mis sufrimientos, Señor, y que mis males te inviten a visitarme. Pero, con el fin de terminar los preparativos de tu morada, haz, oh mi Salvador, que si mi cuerpo comparte con el tuyo el sufrimiento causado por mis ofensas, pueda mi alma compartir con la tuya la tristeza ante estas mismas ofensas, y que, de esta manera, pueda yo sufrir contigo, y como tú, y en mi propio cuerpo, y en mi alma, a causa de los pecados que he cometido.

XI. Otórgame la gracia, Señor, de unir tus consuelos a mis sufrimientos para poder sufrir como un cristiano. No pido que me eximas de sufrir dolor, ya que tal es la recompensa de los santos: pero pido no ser abandonado a los dolores de la naturaleza sin el consuelo de tu Espíritu, ya que tal es la maldición de los judíos y de los paganos. No pido que me sea otorgada una plenitud de consuelo sin sufrimiento, puesto que en esto consiste la vida de la gloria. Tampoco pido estar en una plenitud de males sin consuelo, puesto que esto es propio del judaísmo. Pero lo que sí pido, Señor, es sentir al mismo tiempo los dolores de la naturaleza a causa de mis pecados y el consuelo de tu Espíritu a través de tu gracia, ya que tal es el verdadero estado del cristianismo. Que no sienta dolores sin consuelo; sino que sienta a un tiempo los dolores y el consuelo, para

llegar a lograr al fin no sentir más que tu consuelo sin dolor. Ya que, Señor, has dejado que el mundo languidezca en los sufrimientos naturales sin consuelos antes de la venida de tu Hijo único: ahora consuelas y alivias los sufrimientos de tus fieles por la gracia de tu Hijo único: y colmas con toda la pureza de la beatitud a tus santos en la gloria de tu Hijo único. Tales son las admirables etapas mediante las cuales conduces tus obras. Me has arrancado a la primera: haz que llegue a la segunda, para poder alcanzar la tercera. Señor, lo que te pido es la gracia.

XII. No permitas que me vea tan alejado de ti que pueda considerar que tu alma esté triste hasta la muerte y tu cuerpo abatido por la muerte a causa de mis propios pecados, sin que llegue a regocijarme por el sufrimiento de mi alma y de mi cuerpo. En efecto, ¿qué cosa puede ser más deshonrosa, aunque tan común para los cristianos y para mí mismo, que, mientras sangras para lavar nuestros pecados, nosotros nos solacemos entre tantos placeres; que los cristianos que declaran pertenecerte, que quienes mediante el bautizo han renunciado al mundo para seguirte, que los que han jurado solemnemente ante la Iglesia vivir y morir contigo, que aquellos quienes profesan creer que el mundo te ha perseguido y crucificado, que los que creen que te expusiste a la ira de Dios y a la crueldad de los hombres para pagar por todos sus crímenes; que aquellos, repito, que creen en todas estas verdades y consideran que tu cuerpo es la hostia que fue ofrendada para salvarlos, los que creen que los placeres y los pecados de este mundo son el único motivo de tus sufrimientos y el mundo es tu verdugo, tan sólo quieran satisfacer su cuerpo con esos mismos placeres en este mismo mundo, y que aquellos que no soportarían, sin estremecerse horrorizados, ver a un hombre acariciar y querer al asesino de su padre, tras haberse entregado para salvarle la vida, sean capaces de vivir como yo lo he hecho, lleno de felicidad, en medio del mundo que sé haber sido el asesino de aquel que reconozco como mi Dios y mi Padre, quien se entregó para salvarme y padeció en su persona la carga de mis iniquidades? Es justo, pues, Señor, que hayas interrumpido una felicidad tan criminal como aquella en la que me solazaba a la sombra de la muerte.

XIII. Retírame, pues, Señor, la tristeza que el amor de mí mismo podría padecer a causa de mis propios sufrimientos y de las cosas del mundo que no atinan a satisfacer las inclinaciones de mi corazón por no considerar tu gloria; en cambio, haz que se apodere de mí una tristeza conforme a la tuya. Que mis sufrimientos sirvan para calmar tu ira. Que sean propicios para mi salvación y mi conversión. Que, de ahora en adelante, tan sólo me sean deseables salud y vida con el solo fin de usarlas y agotarlas para ti, contigo y en ti. No te pido ni salud, ni enfermedad, ni vida, ni muerte; tan sólo que dispongas de mi salud y de mi enfermedad, de mi vida y de mi muerte para tu gloria, para mi salvación y para la utilidad de la Iglesia y de tus santos, entre los cuales, merced

a tu gracia, espero poder contarme. Tan sólo tú sabes lo que me está reservado: eres el amo soberano, haz conmigo lo que te plazca. Otórgame, despójame; pero haz que mi voluntad sea conforme a la tuya y que, en un sometimiento tan humilde cuanto perfecto, así como en un estado de santa confianza, esté yo listo para recibir las órdenes de tu eterna providencia y adorar por igual todo lo que me venga de ti.

XIV. Haz, Dios mío, que gracias a un espíritu siempre ecuánime sea capaz de recibir toda suerte de acontecimientos, puesto que ni siquiera sabemos lo que debemos pedir y que yo no puedo, sin ser presuntuoso, desear más esto que aquello, ni pretender erigirme en juez y responsable de los designios que tu sabiduría ha querido justamente ocultarme. Señor, sólo sé que sé una sola cosa: que bueno es seguirte y malo ofenderte. Tras esto, ignoro lo que pueda ser mejor o peor en cada cosa. No sé si es preferible la salud a la enfermedad, los bienes a la pobreza, ni cuáles cosas del mundo sean mejores. Se trata de un discernimiento que sobrepasa tanto la fuerza de los hombres como la de los ángeles y que se encuentra escondido en los secretos de esa tu providencia que adoro y que por ningún motivo podría pretender escudriñar.

XV. Concédeme, pues, Señor, que siempre pueda conformarme a tu voluntad, y que, enfermo como lo estoy, te glorifique en medio de mis sufrimientos. Sin ellos, me está vedado el camino a la gloria, y tú mismo, mi Salvador, tan sólo has consentido en mostrármelo a través de ellos. Tus discípulos te reconocieron gracias a las marcas de tu sufrimiento y también son los sufrimientos los que te permiten distinguir a tus discípulos. Reconóceme, pues, como uno de ellos por los males que se han abatido sobre mi cuerpo y mi espíritu a causa de las ofensas que he cometido. Y, ya que nada puede serle agradable a Dios si no se lo ofreces tú, une mi voluntad a la tuya, así como mis dolores a los que padeciste. Haz que los míos se conviertan en los tuyos. Úneme a ti; invádeme de ti y de tu Espíritu Santo. Entra en mi corazón y en mi alma para que cargues con mis sufrimientos y puedas seguir soportando en mí lo que de tu Pasión aún te queda por sufrir, al dejarlos apoderarse de tus miembros hasta que se consuma del todo tu cuerpo; de tal modo que, ahíto de ti, yo ya no sea quien vive y sufre, sino tú el que viva y muera en mí, oh mi Salvador: y que así, compartiendo una pequeña parte de mis sufrimientos, me colme la gloria que éstos te otorgaron, en la cual vives con el Padre y el Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén.

# *Tres discursos acerca de la condición de los grandes*
# (1660)

## Primer discurso

Para poder adentraros en el verdadero conocimiento de vuestra condición, consideradla a través de esta imagen.

Un hombre se ve arrojado por una tempestad a la costa de una ínsula ignota, cuyos habitantes no acertaban a encontrar a su rey, quien había desaparecido, y como en mucho parecíanse su rostro y cuerpo a los de aquel rey, lo confunden con él y todo el pueblo lo reconoce como tal. Al principio, no sabía qué hacer, hasta que resolvió prestarse a los designios de su buena fortuna. Recibió todos los homenajes que tuvieron a bien prodigarle y se prestó a aceptar el trato que le reservaban a su rey.

Sin embargo, en la medida en que no podía olvidar su condición natural mientras era objeto de tantas deferencias, no dejaba de pensar que no era ese rey que aquel pueblo anhelaba y que ese reino no le pertenecía. De esta manera, en él coexistían dos pensamientos: por un lado, se comportaba como rey y, por el otro, recordaba su estado natural, así como el hecho de que tan sólo el azar lo había puesto en la situación en la que se encontraba. Disimulaba este último pensamiento y tan sólo dejaba que asomara el primero. Echaba mano de éste para tratar con sus súbditos y del otro cuando hablaba consigo mismo.

No debéis imaginaros que sea menor el azar gracias al que poseéis las riquezas de las cuales sois dueño que aquél gracias al cual ese hombre se convirtió en rey. No menos que él, nada os otorga ese derecho, ni vos mismo ni la naturaleza: pero, no sólo le debéis ser el hijo de un duque así como el hecho de estar en este mundo más que a una infinidad de azares. Vuestro nacimiento depende de un matrimonio o, más bien, de todos los matrimonios de aquellos que os han precedido. Pero, ¿de qué dependen estos matrimonios? De una visita efectuada merced a un encuentro, de un discurso al aire, de mil ocasiones imprevistas.

Les debéis, me decís, vuestras riquezas a vuestros antepasados; pero, ¿no son acaso miles los azares merced a los cuales vuestros ancestros las adquirieron y las conservaron? ¿O acaso imagináis que, conforme a cierta ley natural, vuestros antepasados os han legado dichos bienes? Esto no es verdad. Este orden se basa únicamente en la sola voluntad de los legisladores que han podido tener para ello sus razones, pero no existe ninguna que emane de una ley natural que os haga acreedor a estas cosas. Si les hubiera venido en gana ordenar que dichos bienes, tras haber sido usufructuados en vida por vuestros padres, hubiesen tenido que ser entregados a la república tras su muerte, no tendríais el menor motivo para quejaros.

De esta manera, todos los derechos que creéis tener para poseer vuestros bienes no

lo son por naturaleza, sino por designio humano. Un giro diferente en la imaginación de los legisladores os hubiera convertido en pobre, y tan sólo esta decisión del azar os ha permitido nacer y gozar del favor de las leyes, gracias a lo cual podéis sentiros dueño de todos estos bienes.

Con esto no pretendo decir que no os pertenezcan legítimamente ni que le sea permitido a nadie arrebatároslos: Dios, quien es su verdadero dueño, ha permitido que las sociedades formulen leyes para distribuirlos y, una vez establecidas, es injusto violarlas. En esto residiría cierta diferencia entre vos y aquel hombre cuyo reinado tan sólo dependía del error del pueblo; en efecto, Dios no autorizaría su privilegio y lo obligaría a renunciar a él, mientras que sí autoriza el vuestro. Pero aquello en lo cual os confundís completamente con él estriba en que el derecho que os ampara, así como el que lo favorece, no están fundados en ninguna cualidad ni mérito que os sean inherentes y merced a los cuales podáis consideraros merecedor de vuestros bienes. Tanto vuestra alma como vuestro cuerpo no son en sí mismos diferentes a los de un marinero o a los de un duque y no existe el menor lazo natural que los ligue más a una condición que a la otra.

¿A qué nos lleva todo esto? Al hecho de que debéis nutrir, tanto como aquel hombre que hemos evocado, un doble pensamiento, y que, si os comportáis exteriormente frente a los demás hombres conforme a vuestro rango, es menester que reconozcáis, gracias a un pensamiento más recóndito pero más verdadero, que no hay nada en vos que os haga naturalmente superior a ellos. Si la manifestación pública os eleva por encima del común de los mortales, pueda la otra rebajaros y manteneros en un estado de perfecta igualdad con todos los hombres, ya que tal es vuestro estado natural.

El pueblo que os admira acaso desconoce este secreto. Cree que la grandeza de la nobleza es real y llega casi a considerar que la naturaleza de los grandes es distinta a la de los demás. Si así lo deseáis, no les reveléis este error; mas no abuséis de esta elevación con insolencia y, sobre todo, no vayáis a creer que vuestro ser ha sido privilegiado con algo más elevado que el de los demás.

¿Cuál sería vuestra opinión acerca de este hombre convertido en rey gracias al error del pueblo si llegase al extremo de olvidarse de su condición natural, al grado de ser capaz de imaginarse que ese reino le correspondía, que lo merecía y que le pertenecía por ley? Os sorprenderían su estupidez y su locura. Pero, ¿acaso son menos aquellas personas de alto rango que viven en tan extraño olvido de su estado natural?

¡Qué importante es esta observación! Porque todos los arrebatos, toda la violencia y toda la vanidad de los grandes provienen del hecho de que desconocen lo que son: sería muy difícil que quienes se consideran iguales a todos los hombres, convencidos de que nada hay en ellos que merezca las pequeñas ventajas que Dios les ha otorgado a

expensas de los demás, pudiesen tratarlos con insolencia. Para caer en semejante extravío, es necesario no reparar en uno mismo y creer a pies juntillas que existe algún tipo de excelsitud real que marca diferencias, en lo cual consiste justamente aquello que me esfuerzo en haceros descubrir.

## Segundo discurso

Es deseable, Señor, que sepáis lo que os es debido, para evitar que pretendáis exigirles a los hombres lo que no se os debe. En esto reside una injusticia palmaria: y, sin embargo, es cosa común entre los de vuestra condición porque no saben nada acerca de su naturaleza.

Hay en el mundo dos grandezas: las establecidas y las naturales. Las grandezas establecidas dependen de la voluntad de los hombres, quienes han creído no sin razón tener que rendir pleitesía ante ciertos estados y otorgarles ciertas muestras de respeto. Las dignidades y la nobleza pertenecen a este orden. En algunos países se venera a los nobles, en otro a los legos; en uno a los mayores, en otro a los menores. ¿Por qué? Porque así lo han querido los hombres. Antes de decidirlo, la cosa era indiferente: una vez la decisión tomada, se vuelve justa, ya que se considera injusto no cumplirla.

Las grandezas naturales son aquellas que no dependen de la fantasía de los hombres, ya que consisten en ser cualidades reales y efectivas del alma o del cuerpo, que convierten a la una o al otro en algo más estimable, como las ciencias, las luces del espíritu, la virtud, la salud, el vigor.

A ambas formas de grandeza les debemos algo; pero, ya que son de naturaleza diferente, distintos serán pues los respetos que les debemos.

A las grandezas establecidas les debemos respeto establecido; es decir, ciertas ceremonias exteriores que, sin embargo, tienen que verse acompañadas, conforme a la razón, por un reconocimiento interior de este orden, pero que no llega a llevarnos a concebir la menor cualidad real en aquellos a quienes rendimos pleitesía de esta manera. A los reyes, hay que hablarles de rodillas; hay que mantenerse de pie en los privados del príncipe. Sería estúpido y ruin oponerse a estos protocolos.

Pero, en cuanto al respeto natural que se manifiesta a través de la estima, tan sólo se lo debemos a las grandezas naturales, y, por lo contrario, tan sólo manifestaremos desprecio y aversión ante las cualidades contrarias a estas grandezas naturales. Nada me obliga, por el solo hecho de que seáis duque, a tener que estimaros; pero, sí es menester que os salude. Si sois duque y gentilhombre, le ofrendaré lo debido a ambas cualidades. No me negaré a cumplir con las ceremonias que merece vuestro rango de duque, ni a mostraros la estima debida al gentilhombre. Pero si fueseis duque sin ser gentilhombre, aun así os brindaría mis cumplidos, ya que, al manifestaros los deberes exteriores que el orden de los hombres ha decidido desde vuestro nacimiento, me sería inevitable nutrir hacia vuestra persona el desprecio interior que merecería vuestra bajeza de espíritu.

He aquí en qué reside la justicia de estas obligaciones. Y la injusticia consiste, pues, en observar respeto natural ante las grandezas establecidas, o en exigir respeto establecido ante las grandezas naturales. El señor N… es mejor geómetra que yo; gracias a esta cualidad, quiere ponerse por delante de mí: replicaré que no ha entendido nada. La geometría es una grandeza natural; exige una preferencia de estima; pero los hombres no le han otorgado la menor preferencia exterior. Me pondré pues delante de él; pero lo estimaré más que a mí mismo, en cuanto geómetra. Del mismo modo, por ser duque y grande del reino, si no os bastara que me quitase el sombrero ante vos y, además, quisierais que os estimase, os rogaría que me mostrarais las cualidades que os harían merecedor de mi estima. si lo hicierais, presto sería vuestra, y me vería en la incapacidad de negárosla con justicia; pero si no lo hicierais, cometeríais una injusticia al pedírmela, sin contar que os sería imposible lograrlo, aunque fueseis el príncipe más poderoso del mundo.

## Tercer discurso

Quiero que conozcáis, señor, vuestra verdadera condición, ya que se trata de la cosa que en el mundo las personas de vuestro rango más ignoran. Según vos, ¿en qué consiste ser un gran señor? Es ser el amo de muchos objetos que causan la concupiscencia de los hombres y, por ello, es ser capaz de satisfacer las necesidades y los deseos de muchos. Estas necesidades y estos deseos los atraen cerca de vos y son causa de que se os sometan: sin ello, ni siquiera se dignarían voltear a miraros; pero, gracias a los servicios y las deferencias que os prodigan, esperan obtener de vos algo de esos bienes que desean y de los que sois dueño.

Dios está rodeado de gente llena de caridad, que le pide los bienes de la caridad que están en su poder: por ello, él es propiamente el rey de la caridad.

De la misma manera, estáis rodeado de un grupo de personas sobre las cuales reináis según os place. Esta gente está llena de concupiscencia. Os piden los bienes de la concupiscencia; tan sólo esta concupiscencia los liga a vos. Sois, pues, propiamente un rey de la concupiscencia. Vuestro reino no es muy dilatado; pero, en esto, sois lo mismo que los más grandes reyes de esta tierra, ya que ellos son, como vos, reyes de la concupiscencia. La concupiscencia es lo que los vuelve fuertes; es decir, la posesión de las cosas que la ambición de los hombres desea.

Pero si conocéis vuestra condición natural, echad mano de los medios que pone a vuestra disposición, y no pretendáis reinar por otra vía que no sea aquella que os convierte en rey. Ni vuestra fuerza ni vuestro poder natural son la causa de que todas estas personas se sometan a vuestro poder. No pretendáis, pues, dominarlas por la fuerza ni tratarlas con dureza. Contentad sus justos deseos; aliviad sus necesidades; disfrutad del hecho de actuar bien; socorredlos lo mejor que podáis y actuaréis como verdadero rey de la concupiscencia.

Ya que lo que ahora os digo no tiene demasiados alcances y, si no llegareis más lejos, no podréis evitar perderos; pero, al menos, lo haréis como un gentilhombre. ¡Considerad cuántos son los que se condenan tontamente, por avaros, brutales, degenerados, violentos, irascibles y blasfemos! El camino que os señalo es sin duda el más honrado; pero, en verdad, condenarse siempre es una gran locura; por eso, no hay que contentarse con esto. Hay que menospreciar la concupiscencia y su reino, aspirar a ese otro reino de caridad en el que todos los hombres sólo respiran caridad y tan sólo desean los bienes de la caridad. Aparte de mí, otros os señalarán el mismo camino: a mí me basta haber logrado desviaros de esos senderos brutales, a lo largo de los cuales veo que muchas personas de vuestra condición se dejan encaminar porque no conocen el

estado verdadero de esta condición.

# Contenido


- Portada
- Preliminares
- Prólogo

- *Discurso acerca de las pasiones del amor*
- *Acerca de la conversión del pecador*
- *Oración para pedirle a Dios el buen uso de las enfermedades*
- *Tres discursos acerca de la condición de los grandes*

- Contraportada

# BLAISE PASCAL

Blaise Pascal (1623-1662) es uno de los grandes científicos, filósofos y pensadores de todos los tiempos. Estas páginas reúnen cuatro breves ensayos poco o nada conocidos hasta hoy que muestran la particular sensibilidad luminosa de una inteligencia efervescente.

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

# Índice


| | |
|---|---|
| Preliminares | 2 |
| Prólogo | 6 |
| Discurso acerca de las pasiones del amor | 12 |
| Acerca de la conversión del pecador | 21 |
| Oración para pedirle a Dios el buen uso de las enfermedades | 25 |
| Tres discursos acerca de la condición de los grandes | 32 |
| Contenido | 40 |
| Contraportada | 41 |